



Matar la escritura: el escrúpulo de la perfección en Kafka a la luz de las reflexiones de Bernardo Soares

Flavio Javier Krüger*

El principal motivo que impulsa este capítulo surge del hecho de que en pocos autores pude encontrar tantas afinidades como entre Fernando Pessoa y Kafka. Y esas afinidades no comienzan y acaban exclusivamente en sus obras, sino que abarcan su vida y su experiencia también. Cada lectura y relectura que hago de uno u otro parece invocar o remitir siempre a la otra figura. Éxitos póstumos, descubrimientos fortuitos de manuscritos que no estaban destinados a ver la luz, fracasos amorosos, desazón existencial, una composición anímica similar son todos rasgos que reverberan cada vez que recorro a ellos y que no pueden sino hermanarlos en mi lectura.

Esta afinidad no podría encontrarse de no ser porque ambos otorgan a la literatura el sentido más alto y grave de la existencia. Ya es reconocida la carta de Kafka a Felice donde plasma su definición: yo soy literatura. A ella misma también le detalla un resumen de su vida hasta el momento de conocerla y todo se condensa en intentos fracasados de escribir, en una existencia plagada de sacrificios y privaciones para abocarse a escribir, en una vida obligada a ejercer una economía del esfuerzo en aras de lograr escribir. No hay destino más grande que este, porque en realidad no existe otro destino para Kafka: “pero el no escribir me hacía estar por los suelos, para ser barrido” (Kafka, 2019, p. 40) le escribe a Felice Bauer el 1 de noviembre de 1912. Menos reconocida es la obstinación con la que Pessoa insistió en la labor literaria. Ya en 1914, año del nacimiento de su *drama en gente*, deja asentado por escrito la conciencia de su “misión” y, por lo tanto, de su “nacimiento” (Pessoa, 2005, p. 79). Incluso a su gran y único amor, Ophelia Queiroz, le escribe, un 29 de septiembre de 1929, año en el que comienza el proceso de escritura más arduo del *Libro del desasosiego*: “...por lo demás, mi vida ya gira en torno a mi obra literaria —buena o mala, como sea, o pueda ser. Cualquier otra cosa tiene para mí un interés secundario” (Pessoa, 2016, p. 222).

* Universidad Nacional de Córdoba / flaviokrüger11@gmail.com

Pero ¿cómo se funde en ambos autores este tan grave sentido de la literatura con las reticencias propias de la escritura? La tan alta estima y la carga fatal de considerarla un destino trae inscripta, necesariamente, la exigencia de la precisión formal. Dicho de otra manera, y parafraseando a Blanchot (2006), quien acepte a la literatura como destino no podría privarse de querer escribir bien. La escritura, tanto para Kafka como para Pessoa, es el ejercicio donde se debe estar a la altura de su destino. El pensamiento se vuelve el incisivo instrumento crítico que debe constatar continuamente si lo escrito es digno o no. Así nace el pavor frente a lo imperfecto, la conciencia y el miedo de la incapacidad de escribir en general y de escribir bien en particular. Así nace el escrúpulo de la perfección.

Traigo a colación a Bernardo Soares, heterónimo al que Pessoa le adjudica la escritura del *Libro del desasosiego*, su obra magna en prosa, porque sus reflexiones pueden servirnos de marco para una relectura de Kafka, o mejor aún, porque podemos establecer un diálogo y una comparación entre esta figura semificticia que es el heterónimo y el propio Kafka.

Los *Diarios* de Kafka pueden ser leídos como la lucha constante entre el imperativo de escribir y sus impedimentos. Impedimentos también que, quizá sin explicitarlo, terminan por ser factores inherentes a su creatividad. Porque lo que sobre todo persiste en Kafka es la confianza en la literatura y el ansia de escribir frente a toda circunstancia. Tiene claro, al menos de manera general, hacia dónde debe orientar sus fuerzas. Pero se enfrenta a obstáculos ajenos a su voluntad todo el tiempo. El 20 de agosto de 1911 anota:

Tengo la desdichada creencia de que me falta tiempo para poder escribir algo bueno, pues realmente no tengo tiempo de dispersarme por todos los puntos cardinales como debería hacer para escribir una historia. Pero luego vuelvo a creer que mi viaje resultará mejor, que captaré mejor las cosas si me relajo escribiendo un poco, así que vuelvo a intentarlo. (Kafka, 2015, p. 85)

La imposibilidad de “escribir algo bueno” se debe, aparentemente, al poco tiempo disponible. El 17 de octubre del mismo año anota: “no acabo nada, porque no tengo tiempo y siento un apremio tan grande dentro de mí... ¿Tendré algún día tiempo?” (Kafka, 2015, p. 117). Quedarse aquí es contentarse con la absurda excusa que ni el propio Kafka creía y encontrar

el ejemplo perfecto para la confirmación de ciertas lecturas que quisieron ver exclusivamente en la obra kafkiana, e incluso en su vida, al trabajador alienado. Y puede concebirse así, pero de manera parcial. Porque en realidad subyace un elemento aún mayor, anterior, compulsivo, existencial, que no podría objetivarse de manera concreta, sino que solo podemos revisar las manifestaciones donde deja entreverse.

Kafka lucha siempre contra los impedimentos. Un impedimento es el trabajo, porque quizá es lo que exigía mayor tiempo, sí, pero también lo son las exigencias del padre, la amistad, la existencia del otro, las mujeres, el ruido, la agitación interior, la enfermedad y la escritura misma. La satisfacción para con lo escrito, la precisión técnica, entonces, parece posible solo a partir de la coexistencia de ciertas condiciones ideales que, en realidad, nunca existen. El escrúpulo de la perfección es intentar superar estos obstáculos que no permiten un desarrollo fluido de la capacidad y que se convierten en una imposibilidad de proyectar, sobre el material, el repertorio completo de recursos, formas y artilugios de la manera en que se desea. Y por sobre esto, exige lo acabado de una obra, el finalizar una obra. El 5 de noviembre de 1911 Kafka se reúne con Brod a leer un texto suyo y anota:

La amargura que sentí anoche cuando Max leyó en casa de Baum mi pequeña historia del automóvil... Las desordenadas frases de esa historia, con huecos en los que se podrían meter las dos manos; una frase suena aguda, una frase suena grave, al azar; una frase se frota contra la otra, como la lengua contra un diente cariado o falso; una frase inicia su marcha con un comienzo tan tosco que la historia entera experimenta un enojado asombro... Me lo explico a mí mismo diciéndome que no tengo el tiempo ni la tranquilidad suficientes para sacar de mí en su totalidad las posibilidades de mi talento. De ahí que siempre affloren sólo comienzos que se interrumpen, comienzos que se interrumpen, por ejemplo, a lo largo de toda la historia del automóvil. Si alguna vez lograra escribir un todo bastante grande, bien formado desde el comienzo hasta el final, entonces la historia tampoco se desprendería nunca definitivamente de mí, pero yo podría asistir a su lectura con calma y con los ojos abiertos, como consanguíneo de una historia sana; pero así cada uno de los trocitos de la historia ronda desheredado por su cuenta y me empuja en la dirección

opuesta. — Y ya puedo estar contento si esta explicación es correcta. (Kafka, 2015, p. 148)

Parece obligatorio sospechar de este pretexto que se da a sí mismo, puesto que incluso al final parece más una explicación tentativa y un consuelo que algo fáctico. Kafka constata la imperfección de lo que escribe y busca rodeos para justificarlo, pero, como anota Bernardo Soares:

Todo lo que hacemos, en el arte o en la vida, es la copia imperfecta de lo que pensamos hacer. Contradice no sólo la perfección externa, sino la perfección interna; no sólo no se ajusta a la regla de lo que debería ser, sino tampoco a la regla de lo que considerábamos que podría ser. (Pessoa, 2020, pp. 181-182)

La perfección no es cosa humana. La impostura de un ideal a perseguir puede ser fuente de inspiración y esfuerzo como también de frustración y abandono. Temperamentos como el de Kafka y el de Soares se mueven en una oscilación entre ambos polos. La inspiración repentina, cuando encuentra soporte, da frutos concretos, como también el alto grado de autocrítica puede encontrar en lo escrito su objeto a corroer. Soares también considera profundamente imperfectas ciertas páginas de su obra, como en el siguiente fragmento:

Releo lúcido, demoradamente, fragmento a fragmento, cuanto he escrito. Y creo que todo es nulo y más valiera que yo no lo hubiese hecho. Las cosas realizadas, sean imperios o frases, tienen, puesto que consumadas, aquella peor parte de las cosas reales, que es el hecho de que sepamos que son perecederas. No es esto, sin embargo, lo que siento y me duele en lo que hice, en estos lentos momentos en que lo releo. Lo que me duele es que no valió la pena hacerlo, y que el tiempo que perdí en lo que hice no lo gané sino en la ilusión, ahora deshecha, de que valía la pena hacerlo. (Pessoa, 2020, p. 181)

Pero Kafka es muy distinto en cuanto a cómo concibe el esfuerzo. No postula que lo que escribió no valiera la pena, porque se materializa y existe en el intento continuo —casi siempre fracasado— por escribir. No puede renunciar a ello porque sería renunciar a existir. Como le escribió



a Felice el 5 de noviembre de 1912, “es posible que mi literatura sea una nulidad, pero igualmente seguro e indudable es, en tal caso, que yo no soy absolutamente nada” (Kafka, 2019, p. 52). Por eso es que, como en el primer fragmento del diario que citamos, Kafka “vuelve a intentarlo”. Soares es, quizá, más trágico, más inclinado a la mudez, a esa renuncia absoluta que es el silencio. Pero vuelve a escribir, por distracción o inercia, por recuperar la composición anímica y porque, en el fondo, el propio Pessoa abrigó siempre la esperanza de la palabra. En esta dinámica se debate la existencia de Kafka y Soares, así funciona el péndulo en incesante movimiento que los mueve entre el fracaso y la consagración, entre la renuncia y la inspiración, sin nunca fijarse en uno en específico. Basta con revisar lo que anotó Kafka a propósito de *La metamorfosis* el 19 de enero de 1914:

En la oficina, angustia que alterna con la consciencia de mi propio valer. Por lo demás, más confiado. Gran aversión a *La transformación*. Final ilegible. Imperfecta casi hasta la médula. Habría salido mucho mejor si entonces el viaje de negocios no me hubiera distraído. (Kafka, 2015, p. 335)

Rescatemos de estos latigazos en la espalda un rasgo específico: Kafka critica el final de la obra. *La metamorfosis* es uno de los proyectos de Kafka que tiene un final concreto. Uno podría oponer, a su opinión, que el angustiante final, más que ilegible, es fascinante. Pero no es eso lo que interesa. Es el hecho de que sea imperfecto, imperfecto hasta la médula, que por uno u otro motivo no haya encontrado las condiciones para darle un final a la altura de lo que idealizaba, porque el viaje no se lo permitió. El arte es, nuevamente, la copia imperfecta de lo que pensamos hacer. Y el punto final es el acto más contundente de la escritura, el cese de las posibilidades narrativas. Lo acabado e imperfecto lo es definitivamente; lo no acabado implica la posibilidad latente, la salvación contra lo imperfecto. Pero tanto Soares como Kafka reconocen que lo inacabado no es: “más valiera pues, —escribe Soares— o la obra completa, aunque mala, ya que al menos es obra; o la ausencia de palabras, el silencio entero del alma que se reconoce incapaz de actuar” (Pessoa, 2020, p. 115). En este sentido, frente al proyecto de la totalidad de una obra, los fragmentos inconclusos no son sino restos que constatan una derrota. Por fortuna, no fue tan así para la posteridad y no es así hoy quizá para nosotros.

Retomando a Blanchot (2006), “escribir siempre es tratar de escribir bien” (p. 121). Pero también es, para el autor, hacerse cargo de la imposibilidad de escribir, del escribir impidiéndose escribir, el reconocer la imposibilidad de escribir como una condición necesaria de la escritura. Kafka encontró innumerables impedimentos —tantos otros que no podríamos desarrollar aquí—, hechos que le valieron el descontento pero que, quizá, le evitaron el enfrentamiento a la pregunta primordial: con todas las circunstancias en regla, ¿sería capaz de escribir algo bueno? Nosotros sabemos que sí. Pero podría plantearse también otra pregunta: sin los impedimentos, ¿podría siquiera escribir? En realidad, en lo que se quiere insistir es en que se pudo haber hecho más, se pudo haber logrado más, si solo se hubiese podido hacer uso exclusivo de todas sus fuerzas para lo que consideraba su destino. El lamento constante sobre los impedimentos es la conciencia del potencial perdido. Es en este sentido y sobre todo en este sentido que Kafka fue un fracasado. Nunca logró, a pesar de tantos sacrificios, poder abocarse por completo a la escritura.

El ocaso de Pessoa fue muy similar. El *Libro del desasosiego*, proyecto interminable y de crecimiento exponencial a medida que se desarrollaba, nunca fue acabado. Los restos que nos llegan son el esfuerzo editorial por reconstruir un libro que, como tal, no existe. La ambición de ordenar su obra acorde a lo planeado nunca pudo ocurrir, porque, a medida que indagaba, lo escrito tomaba profundidades cada vez mayores y al expandirse se volvió incontrolable. Pessoa fue, ante todo, un gran incapaz, un negador constante y también un fracasado.

Las derivas de sus obras es algo que podemos discutir nosotros. Quisiera que no se pierda de vista el motivo fundamental por el que planteo esto o quizá hacer la afirmación alrededor de la que, creo, esboqué la propuesta: que tanto Kafka como Pessoa son artistas del fracaso —algo que a menudo se olvida y que fue subrayado por Benjamin (2011)¹, en el caso de Kafka, y por Lourenço (2006)² y muchos otros en el caso de Pessoa— y que

1 “Para hacer justicia a la figura de Kafka en su pureza y belleza específica no se debe perder de vista nunca lo siguiente: es la de un fracasado. Las circunstancias de ese fracaso son diversas. Podría decirse que cuando estaba seguro del fracaso final, en el camino todo le salía de maravilla. Nada es más notable que el celo con el que Kafka subrayó su fracaso.” (p. 228)

2 “Pessoa no escribió para vencer nada que se pudiera nombrar, sino para nombrar lo que, visionado, determinó el fabuloso fracaso del que los poemas son el lugar y el signo de una redención sin redentor”. (p.16)

el fracaso de su escritura, su imperfección, es un rasgo constitutivo de sus obras. Aquel destino autoimpuesto de la literatura se volvió una exigencia espiritual y visceral de la escritura. Pero todo esto también es testimonio de aquello que una vez afirmó Borges de que no siempre se escribe lo que se quiere, sino lo que se puede. Es necesario depositar la esperanza en esa obstinación ciega por la que se tropieza una y otra vez con la imperfección, para no matar la escritura. Alan Pauls (2022) nos dice —retomando ese lema de Beckett ya célebre, que hay que fallar una y otra vez, como si no hubiese otra manera de hacer las cosas— que Joyce, Proust, Beckett, (y agrego yo, Kafka) son emblemas de esa forma de fallar. Porque, sigue diciéndonos Pauls, la repetición del error es la evidencia de que la falla no depende de la voluntad y que, por lo tanto, es inútil querer aplacarla, encausarla, o detenerla (p. 45).

En ambos autores, la incompletud, la fragmentariedad estructural —pero también la fragmentariedad del sentido, polisemia de la palabra, fragmentariedad que implica la multiplicidad, la diseminación interpretativa en diversos vectores cada uno tan transitable como el otro, tan posible de ser explorado como el otro y tan angustiosamente construido sobre el vacío como el otro— se tornó la piedra angular de sus respectivas poéticas. El triunfo póstumo implica la conquista del derecho en el que la imposibilidad de escribir se volvió forma. Porque junto a su obra lograda se debe adjuntar aquello otro que es inacabado, incompleto, abandonado, pero que también conforma su obra. Uno junto al otro son una colección de objetivos incumplidos y fallidos, un inventario de propósitos abandonados, un cúmulo de imposibilidades de escribir.

Referencias

Benjamin, Walter, Scholem, Gershom (2011). *Correspondencia*. Madrid: Editorial Trotta.

Blanchot, Maurice (2006). *De Kafka a Kafka*. México: Fondo de cultura económica.

Kafka, Franz (2015). *Diarios*. Madrid: Debolsillo.

Kafka, Franz (2019). *Cartas a Felice*. Madrid: Nórdica Libros.

Lourenço, Eduardo (2006). *Pessoa revisitado. Lectura estructurante del “drama en gente”*. Barcelona: Pre-textos.

Pauls, Alan (2022). *Fallar otra vez*. Buenos Aires: Gris tormenta.

Pessoa, Fernando (2020). *Libro del desasosiego*. Madrid: Emecé.

Pessoa, Fernando (2005). *Escritos autobiográficos, automáticos y de reflexión personal*. Madrid: Emecé.

Pessoa, Fernando (2016). *Papeles personales*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.



Lecturas de Kafka, un siglo después (La ed.)
Gustavo Giovannini y Francisco Salaris (Eds.)
Gustavo Giovannini [et al.]
Publicado por el Área de Publicaciones
de la Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba
Octubre de 2025 [Libro digital]
Esta obra está bajo una Licencia Creative
Commons Reconocimiento - Compartir Igual
(by-sa)